

tros salieron de Guadalajara para dirigirse á Colima en la mañana del 20, escoltados por ochenta rifleros de México y alguna tropa de caballería al mando de Don Francisco Iniestra. A las dos y media de la tarde se rindió la jornada en Santa Ana Acatlán, donde el Gobierno se vió atacado de nuevo por las fuerzas de Landa superiores en número, teniendo ocasión el Sr. Juárez de demostrar su serenidad en medio de los mayores peligros.

El día 22 entró Osollos á Guadalajara, el Sr. Presidente seguía su penosa peregrinación á Colima á donde llegó el día 26 de Marzo. El 11 de Abril se embarcó con sus Ministros en el puerto de Manzanillo á bordo del vapor "John L. Stephens," que el día 18 los desembarcó en Panamá; allí tomaron el ferrocarril que los condujo á Aspinwall, en donde se embarcaron en el buque de vela "Granada" la tarde del 19 con dirección á la Habana, á donde llegaron el 22, permanecieron á bordo hasta que el 25 se trasbordaron al "Filadelfia," que en la tarde del 28 los desembarcó en Nueva Orleans. Curiosa coincidencia; la víspera había salido Comonfort de Nueva Orleans para Nueva York. El día 1.º de Mayo se embarcaron en el "Tennessee" para Veracruz, llegando á esta ciudad la noche del 4. El Sr. Presidente y sus Ministros recibieron del Gobernador de Veracruz, Gutiérrez Zamora, la más cordial acogida.

La barca que, por azarosos mares, conducía la sagrada bandera de la Constitución y de la Reforma, anclaba al fin en seguro puerto. Vanos habían sido los esfuerzos de la reacción y de las tropas de Echeagaray para apoderarse de Veracruz; allí encontró el Sr. Juárez un baluarte seguro de donde no había de moverse, hasta que el triunfo definitivo de su causa le permitiese volver á la Capital de la República después de tan dolorosa y larga peregrinación.

Entretanto la guerra seguía desencadenada, y, aunque la suerte de las armas fuera varia, en esos días se inclinaba resueltamente del lado del partido conservador que, dueño ya de Guadalajara se apresuró á ocupar las poblaciones del interior. El 17 de Abril, Miramón encontró las tropas de Vidaurri en el Puerto de Carretas, y después de un reñido combate en el que Miramón se atribuyó el triunfo, el jefe conservador regresó á San Luis Potosí; pero las fuerzas del Norte, mandadas por Don Juan Zuazua y que Miramón creía completamente derrotadas, atacaron la plaza de Zacatecas el 27 de Abril, ocupándola, después de haberse apoderado de toda la artillería con sus trenes y equipos, y haber hecho prisioneros al General en jefe, á setenta jefes y oficiales, y á cuatrocientos veinte individuos de tropa.

Zuazua desterró para Guadalajara al Obispo de Monterrey, Berea, que expulsado de su Sede, se había refugiado en Zacatecas. El Jefe liberal manchó su victoria con actos de crueldad,

pues el 30 de Abril mandó fusilar al General Don Antonio Manero, al Coronel de infantería Don Antonio Landa, al Teniente Coronel Don Francisco Aduna, al Comandante Don Pedro Gallardo y al Capitán Don Agustín Drechi. Estas sangrientas ejecuciones produjeron en toda la República un movimiento de horror, dieron lugar á crueles represalias de los conservadores, y la lucha entre los partidos fué un duelo á muerte.

La reacción dominaba en el Occidente de la República, Tepic se había pronunciado desde el 28 de Marzo, y así pudo llegar hasta Sinaloa el influjo reaccionario. Entretanto el Gobierno conservador, sin otro motivo de aflicción que la falta de recursos, se creía seguro del triunfo. Había sido reconocido por los Ministros extranjeros, aún por el de los Estados-Unidos, que más tarde se resolvió á reconocer al Sr. Juárez. El Gobierno conservador hacía ostentoso alarde de piedad y sentimientos religiosos, sus soldados y jefes lucían cruces, rosarios y estampas de santos, las ceremonias religiosas se multiplicaban, y la fiestas de la Semana Santa, se celebraron con gran pompa, tributándose á Zuloaga honores, rendimientos y homenajes.

CAPITULO II.

Sucesos.

LOS DOS GOBIERNOS.—LA LUCHA EN SU APOGEO.

I.

A mediados de 1858 existían, pues, dos Gobiernos; uno radicado en Veracruz tenía por bandera el pacto fundamental, por programa las ideas reformistas, y por jefe al eminente Juárez; el otro adueñado por sorpresa de la Capital de la República, se apoyaba en la fuerza de las bayonetas, carecía de programa, y tenía por jefe al insignificante Zuloaga. Todo era decisión, unidad y firmeza en el Gobierno liberal; todo vacilaciones, divisiones y falta de vigor en el reaccionario. Sus jefes militares, Osollos, Miramón y Márquez, no tenían más impulso que su sed de mando, su ambición, su anhelo de conservar y aumentar su prestigio y el lustre de su ejército; pero estaban lejos, Osollos sobre todo, de compartir las ideas atrasadas y el excesivo fanatismo de sus correligionarios políticos. El Presidente de los conservadores carecía de prestigio, un buen grupo de ellos pensaba en la vuelta de Santa-Anna, otro soñaba ya con elevar al primer puesto al brillante y denodado Osollos; puede asegurarse que, sin la intrepidi-

dez de los jefes militares, sin la pericia de Osollos, sin el arrojo y capacidad de Miramón, el Gobierno emanado del Plán de Tacubaya no hubiera durado un año.

El territorio de la República se dividía como sigue, entre los dos partidos: El conservador ocupaba el centro del territorio, extendiendo sus dominios por el Oriente hasta Córdoba y Jalapa; hacía el Norte, Zacatecas y San Luis Potosí pertenecían alternativamente á un partido ó al otro; por el Noroeste Mazatlán marcaba el último punto dominado por la reacción. Los principales puntos ocupados de un modo duradero por los conservadores, y que les servían de centros estratégicos eran: México, Puebla, Tlaxcala, Toluca, Guanajuato, Querétaro y Tepic, pues Guadalajara era dominada ya por las armas liberales, ya por las conservadoras. Fuera de ésta área central, y como en puntos excéntricos, la reacción imperaba en Durango hacía el Norte, en Tabasco hacía el Sur, y en Yucatán por el Oriente.

Los liberales, partiendo de Veracruz como de un centro se extendían á lo largo del Golfo, de los Estados fronterizos del Norte, de varias Zonas bañadas por el Pacífico y de las regiones del Sur, pues dominaban con parciales alternativas en Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, el Sur de Jalisco, Colima, Michoacán, Guerrero, Chiapas y Oaxaca. El territorio en que imperaba la causa liberal formaba, pues, como un vasto anillo, que mantenía en estrecho cerco la región en que prevalecían las armas conservadoras. La campaña, aunque muy variada y llena de azarosos y trágicos incidentes, presentaba, sin embargo, hechos que de un modo monótono se repetían. El intrépido Degollado amenazaba frecuentemente á Guadalajara, solía apoderarse de ella, acudía Miramón á recobrarla, Degollado se replegaba al Sur de Jalisco conservando su ejército, y cuando Miramón se alejaba de Guadalajara, Degollado volvía á apoderarse de ella. Cosa análoga pasaba en las poblaciones de Aguascalientes, San Luis Potosí y Zacatecas, el ejército del Norte mandado por Zuazua las amagaba sin cesar, se presentaba Miramón y ahuyentaba el peligro, más apenas el joven Macabeo, como le llamaban los reaccionarios, se alejaba, los liberales volvían á apoderarse de aquellos importantes centros.

A esto se reducen los sucesos militares de la campaña durante la segunda mitad del año de 1858. Miramón sólo dominaba el terreno ocupado por sus tropas, apenas se alejaba de un sitio cuando los liberales volvían á ocuparlo. Así lo comprendía él perfectamente, y lo escribía á la Srita. Lombardo, su novia entonces y más tarde su esposa, quejándose de que no podía estar en todas partes y presintiendo que aquello había de acabar mal. Ya sólo de Miramón tendremos ocasión de hablar, pues el 18 de Junio murió Osollos en San Luis Potosí; no faltó quien atribu-

yera su muerte á un crimen obra de los mismos conservadores, que comprendían que el caudillo ilustre estaba lejos de participar de la pequeñez de espíritu, mezquindad de ideas y exaltación fanática de muchos de ellos.

Como más arriba dijimos, Degollado, que había reunido grandes elementos en el Sur de Jalisco, marchó sobre Guadalajara á la cabeza de dos mil quinientos hombres auxiliados por mil que, á ese efecto, destacó Zuazua del ejército del Norte. Guadalajara sufrió rudo asalto de las fuerzas liberales, Miramón, que supo el peligro que corría la plaza, salió de San Luis con tres mil hombres á socorrerla; el ejército sitiador, al saber la aproximación de Miramón, levantó el sitio el día 21 de Junio, y se replegó al Sur rumbo á Colima; Miramón, deseando destruir el considerable núcleo liberal mandado por Degollado, persiguió á éste en su retirada, le dió alcance en la barranca de Atenquique, donde el 2 de Julio se trabó un reñido combate sin resultado alguno, aunque conservadores y liberales se atribuyeron el triunfo.

Dos días antes las armas constitucionalistas se habían apoderado de San Luis aprovechando la ausencia de Miramón, y el 7 de Julio el eminente liberal Estéban Coronado, se apoderó de Durango, mientras que el 15 del mismo mes Aramberrí ocupó á Guanajuato. Estos hechos, contrarios á la causa reaccionaria, y que sucesivamente fueron produciéndose llenaron á Miramón de despecho. Aunque se atribuyó el triunfo de Atenquique, bien sabía que el reñido encuentro había sido inútil, pues el ejército de Degollado quedó intacto y el caudillo conservador tuvo que retirarse á Guadalajara; su desazón aumentó allí por la escasez de recursos, salió de dicha ciudad el día 11 para dirigirse á México en busca del armamento y del dinero que le faltaban, llegando á esta Capital el 28 de Julio por la tarde.

Se encaminó á ver á Zuloaga, á quien trató con aspereza y como si el Presidente conservador fuese subordinado del irascible caudillo, comenzando la agria entrevista con estas amargas palabras: "Vengo á decir á V. que vaya á tomar el mando del ejército, porque yo no sé hacer la guerra sin dinero y sin soldados."

II.

Desde antes que el Presidente reaccionario recibiera en pleno rostro los reproches de Miramón ya le abrumaban las dificultades de su Gobierno. Veía que los recursos escaseaban, que las tropas sucumbían en distantes expediciones que resultaban estériles y que cundía el desánimo; creyó conjurar el peligro entre- gándose atado de piés y manos á los conservadores más intransi-

gentes, que le sugirieron una política más vigorosa y le impusieron un nuevo Gabinete, que comenzó á funcionar el diez de Julio, y quedó formado así: Relaciones, Don Joaquín M. del Castillo y Lanzas; Justicia, Don Francisco Javier Miranda; Gobernación, Don Manuel Fernández de Jáuregui; Fomento, Don José M. Saldívar; Hacienda, Don Pedro Jorriñ y Guerra, Don José M. García.

El nuevo Ministerio publicó una ley de conspiradores castigando con la pena de muerte á los que se pronunciaran ó sublevaran contra el Gobierno. Se restableció sobre imprenta la ley Lares, expedida en tiempo de Santa-Anna, aplicándola con más rigor que entonces. Para encontrar recursos se acudió á los millones del clero que prestó de buen grado su contingente.

Miramón, en cuya brillante y triunfadora espada cifraba su esperanza la reacción, salió de México el 1.º de Agosto en busca de las tropas liberales. Desde el 29 de Julio, Vidaurri había salido de Monterrey á la cabeza de un considerable cuerpo de ejército, dotado de catorce piezas de artillería; se dirigió á San Luis Potosí para sostener esta plaza. Contra lo que todos creían, Vidaurri, en vez de esperar á Miramón en San Luis, abandonó la ciudad retirándose hacia el Norte; Miramón ocupó la plaza el día 12 de Septiembre, y salió de ella el 25 para perseguir á Vidaurri, le alcanzó cerca del pueblo de Ahualulco, comenzó el tiroteo desde el día 28 y la batalla formal desde las siete de la mañana del 29; duró hasta las dos de la tarde, en que fueron completamente derrotados y dispersos los constitucionalistas, encaminándose sus destrozados restos hácia Zacatecas. Miramón regresó á San Luis dejando á Márquez el cuidado de levantar el campo.

La batalla de Ahualulco, fué uno de los más brillantes triunfos de Miramón, y aunque por lo pronto fué un golpe rudo á la causa constitucionalista, la favoreció en realidad nulificando á Vidaurri que, con su desenfadada ambición, su indisciplina y arbitrariedad, hubiera podido ser un germen de discordia en el partido liberal, unido y compacto hasta entonces. Además, fué precedida y seguida de otras ventajas para las armas progresistas.

Apenas Miramón había salido de Guadalajara para México, después de su retirada de Atenquique, cuando el infatigable Degollado organizó y reforzó sus tropas y se puso en estado de acometer. El 21 de Septiembre, en un lugar llamado Cuevitas del Sur de Jalisco, derrotó completamente á Casanova que salió de Guadalajara á perseguirlo, y para sacar todo el fruto de su victoria marchó sobre dicha ciudad comenzando su sitio el 26 por la tarde, reforzado por la brigada del Coronel Don Esteban Coronado, que en su auxilio había salido de Durango; Guadalajara se rindió el 28 de Octubre. Un acto terrible de justicia siguió al triunfo, se fusiló á Piélagos que había asesinado al Dr. Herrera y

Cairo, que retirado de la política vivía dedicado á la labranza en la Hacienda de la Providencia; Monayo fué fusilado también; el sanguinario Rojas mancilló el triunfo con su atentado inaudito, violando la capitulación penetró en la habitación del General Blancarte y lo hizo fusilar.

Otra amarga desazón afligió á los conservadores que todavía se regocijaban con el triunfo de Ahualulco. El General Don Miguel Blanco se desprendió de Acámbaro el 5 de Octubre á la cabeza de un cuerpo de ejército, y comenzó una campaña felicísima por Maravatío, Ixtlahuaca, inmediaciones de Toluca, llegando el 14 por la noche hasta Tacubaya. En la mañana del siguiente día la ciudad de México fué atacada por las fuerzas de Blanco, auxiliado por el General Valle y su segundo el General Don José Justo Alvarez; parte de los asaltantes llegó hasta la garita de San Cosme, y la otra columna de ataque hasta San Pablo y el Convento de la Merced. No se logró la toma de la Capital, pero las tropas de Blanco se retiraron en buen orden, regresando sin ningún descalabro hasta el Estado de Michoacán.

El pánico que produjo en el partido conservador aquella audaz tentativa fué indescriptible, el General Zuloaga no discutió otra cosa que llamar á Miramón, que se encontraba en San Luis Potosí luciendo los laureles de Ahualulco, y reponiéndose de las fatigas y pérdidas de tan encarnizada batalla. No era posible que el fatigado ejército de Miramón llegara á México para conjurar el peligro en que Blanco había puesto á la ciudad, pero el joven caudillo, dejando el mando de las tropas á su segundo Don Leonardo Márquez, se vino á México en la diligencia, llegando el 20, cuando ya el peligro se había disipado. Más la presencia de Miramón reanimó los espíritus decaídos, juzgando la ciudad por eso sólo á cubierto de todo ataque.

Por desgracia el intrépido jefe conservador no podía permanecer mucho tiempo en México tranquilizando á Zuloaga, su presencia era necesaria en puntos distantes de la Capital, para contener el incesante avance de las fuerzas liberales que renacían después de la derrota, como según la fábula renacía el fénix de sus cenizas. Guadalajara estaba, como hemos dicho, en poder de Degollado, se dió orden á Márquez para que saliese de San Luis Potosí á recobrar aquella ciudad; pero las fuerzas federales le detuvieron en el puente de Tololotlán, y Márquez se vió obligado á pedir el socorro personal de Miramón.

El indispensable caudillo conservador salió, pues, de la capital el 11 de Noviembre, para ponerse al frente de las fuerzas que atacaban á Guadalajara; llegó á San Luis el 18, salió de allí en los primeros días de Diciembre, llegó el 12 á Poncitlán, y después de varios encuentros, de los cuales el más reñido fué el que el día 13 tuvo lugar en la hacienda de Atequiza, el ejército liberal se

vió obligado á abandonar á Guadalajara, y á retirarse al Sur de Jalisco situándose en la barranca de Beltrán. Miramón solo permaneció dos días en Guadalajara y salió á perseguir á Degollado, pero queriendo evitar otro encuentro como el de Atenquique, en vez de atacar las fuertes posiciones del enemigo, pasó á retaguardia de éste, después de haber cruzado la barranca por el paso de Novillos, y se apoderó de Colima el 25 de Diciembre. Degollado se encaminó á esta plaza para recobrarla, pero Miramón le salió al paso, encontrándose ambos ejércitos cerca de la Hda. de San Joaquín el día 26 de Diciembre, y después de un reñido combate de hora y media, el ejército liberal fué completamente derrotado, sus destrozados restos se pasaron al Estado de Michoacán.

III.

Para dar idea del obstáculo opuesto al movimiento reformista por el Plán de Tacubaya, trocado el 11 de Enero de 1858 en francamente reaccionario y clerical, hemos entrado en ciertos detalles que hacen palpar cómo, aún durante el primer año de la reacción que se puede considerar como el período de ascenso de ese funesto movimiento, el ejército conservador, no obstante el brillo de su ejército, los muchos recursos de que en armamento, trenes y parque disponía, y la intrepidez y pericia de sus jefes militares, estuvo muy lejos de dominar el país; apenas si logró fiorearse de la mitad del territorio, sin disfrutar nunca tranquilamente la parte que poseían, pues ya vimos que la misma Capital se vió amenazada y puesta en peligro por la audaz tentativa de Blanco. Con los triunfos más brillantes que la reacción alcanzaba en un punto, coincidían graves descalabros sufridos por ella en otros.

Podemos ser mucho más breves en la relación de los sucesos, pues el año de 1859 marca el punto culminante de la Reforma, en que ésta se elevó á la categoría de ley, y aunque el triunfo decisivo en el terreno de las armas sólo se alcanzó á fines de 1860, puede decirse que en los dos últimos años de la guerra el camino del triunfo estaba ya abierto.

Cuatro hechos culminantes marean el año de 1859: la elevación de Miramón á la dignidad de Presidente de la República, su frustrada tentativa de tomar á Veracruz, la indeleble mancha que cayó sobre la causa revolucionaria, después de la batalla del 11 de Abril, por el fusilamiento de paisanos y médicos, y la promulgación de las leyes de Reforma en el puerto de Veracruz durante los meses de Julio y Agosto. Hablaremos de los tres primeros su-

cesos, y reservaremos el último para material del capítulo siguiente.

El día 20 de Diciembre el Gral. Echeagaray, tan entusiasta defensor del Plán de Tacubaya, se pronunció en Ayotla proclamando un nuevo Plán que tendía á la fusión de los partidos. Don Rómulo Díaz de la Vega y una parte de la guarnición de la Capital, aceptaron con algunas enmiendas el Plán de Ayotla, se desconoció á Don Félix Zuloaga que abandonó la Presidencia, se convocó una junta de supuestos representantes de los Estados que nombraron á Miramón Presidente de la República. El bravo caudillo que á la sazón estaba en Guadalajara, partió para la Capital, y desde el camino dió á conocer su inconformidad con el nuevo orden de cosas, aunque toda la parte de ejército que no le obedecía directamente apoyara la nueva situación.

Llevado á México restableció el Plán de Tacubaya, hizo que se volviera á reconocer á Zuloaga como Presidente, reservándose él tan sólo el carácter de Jefe de las armas. Agradecido Zuloaga nombró á Miramón Presidente substituto; el laureado caudillo conservador, entre agasajos, nubes de incienso é hiperbólicas adulaciones aceptó aquel cargo, que en su fuero interno ambicionaba con anhelo, más en público decía que lo aceptaba tan sólo para encaminar, sin embarazo alguno, sus vencedoras armas hácia Veracruz, apoderarse de aquel punto rebelde, y dispersar el núcleo de demagogos que abrigaba bajo sus murallas. El viaje de Miramón y de su brillante ejército comenzó como una marcha triunfal en que no se trataba más que de ir á recoger laureles cerca de Veracruz. Llegó á Puebla el 17 de Febrero por la tarde, y como en todas partes y en todas ocasiones se le hizo una recepción espléndida. El 22 llegó á Orizaba, y el 2 de Marzo á Córdoba.

Mientras el héroe de los conservadores daba la espalda á la Capital, un nublado terrible iba á descargar sobre ella. Degollado el infatigable, á quien Miramón había derrotado completamente en San Joaquín no hacía mucho tiempo, se encontraba ya en el Bajío al frente de una fuerte división, dispuesto á aprovechar la ausencia de Miramón para caer sobre la Capital y acaso para tomarla; se apoderó de Guanajuato y Querétaro; entre los jefes que rodeaban á Degollado figuraba ya como una promesa de gloria el ilustre Ignacio Zaragoza.

El 14 de Marzo salió Degollado de Querétaro, y después de batirse en Calamanda con las fuerzas de Mejía y alcanzar un triunfo muy costoso, se acercó á la capital produciendo en ella verdadero pánico. Por desgracia Degollado perdió el tiempo en reconocimientos y tiroteos sin ningún ataque serio, mientras que los reaccionarios se aprovecharon de su inacción para ir poco á poco concentrando sus elementos; hasta el 2 de Abril intentó Dego-

llado, cuyo cuartel general estaba en Tacubaya, un ataque formal sobre la plaza antes que llegara Don Leonardo Márquez que ya se acercaba viniendo de Guadalajara, el ataque no dió resultado; Márquez entró á la Capital el día 7 de Abril con una fuerza de cerca de dos mil hombres y nueve piezas de artillería.

Con tan considerable refuerzo todas las probabilidades de triunfo estaban del lado conservador. Márquez tomó la ofensiva el 10 de Abril á las seis de la mañana, salió por la garita de San Cosme, siguió por Popotla y Tacuba hasta la hacienda de los Morales á la cabeza del primer cuerpo de ejército. Afrontando la artillería de los constitucionalistas, que desde Casa Mata le disparaba, siguió Márquez la parte alta de las lomas hasta llegar á la altura de Santa Fé, marchando de allí rectamente sobre Tacubaya y estableciendo su campo cerca del Arzobispado.

El fuego de artillería duró hasta el anochecer. El día 11 desde la salida del sol, comenzó la verdadera batalla que fué de las más reñidas y completamente adversa á las armas liberales; el enemigo se apoderó de veinte piezas de artillería, trenes, parque en abundancia, é hizo más de doscientos prisioneros. A las diez y media de la mañana todo había concluído; poco antes había llegado por la diligencia Miramón, una salva de veintitún cañonazos y el repique de las campanas anunció su regreso; una hora después montó á caballo y fué á reconocer el campo de batalla, en Chapultepec recibió de Márquez la noticia verbal del triunfo, y premió al vencedor con el grado de General de División.

Sobre esta brillante acción de armas cayeron, empañándola y mancillándola, chorros de sangre inocente; al terminar el documento número 5, con que acompañó Márquez el parte oficial de la batalla, y que contiene la lista de los prisioneros, se lee: "De estos fueron pasados por las armas los que fungían de oficiales, con arreglo á la ley de conspiradores." Efectivamente, en la noche del 11 de Abril fueron fusilados el General retirado Don Marcial Lazcano, los Tenientes Coroneles Don Genaro Villagrán y Don José M. Arteaga, el jefe del Cuerpo Médico Militar Don Manuel Sánchez, los médicos Cirujanos de Ejército Don Juan Duval, Don José M. Sánchez, Don Gabriel Rivera, Don Ildefonso Portugal, Don Juan Díaz Covarrubias y Don Alberto Abad, los Capitanes de artillería Don Ignacio Sierra y Don José López y los licenciados y paisanos Don Agustín Jáuregui, Don Manuel Mateos, Don Saberio Fische, Don Eugenio Quisen y Don Miguel Neira. Tan atroces fusilamientos causaron la más justa indignación, Márquez intentó compartir su responsabilidad con Miramón, cubriéndose con una orden de éste, mas fué en vano, pues nada le autorizaba á sacrificar á paisanos y á médicos. La opinión pública ha fallado en su contra, y ese hombre siniestro ha pasado á la historia como asesino y sacrificador de inocentes.

IV.

La llegada de Miramón en tan inesperados momentos causó la mayor sorpresa y nadie acertaba á explicársela, estaban cortadas las comunicaciones con el ejército expedicionario de Veracruz y se ignoraba totalmente el estado de la campaña. El Boletín Oficial había anunciado la próxima acupación del puerto, por lo cual creyeron muchos que Miramón regresaba porque había hollado ya con su vencedora planta el nido de serpientes de la Revolución, porque no dejaba enemigos á la espalda, y unida tan optimista interpretación al reciente triunfo que había desbaratado el fuerte ejército de Degollado se creía palpar el triunfo del partido reaccionario y el completo exterminio del liberal.

No correspondía la realidad á tan risueñas conjeturas; Miramón no regresaba triunfante, sino desairado; sus miras no se habían logrado sino frustrado, y la plaza de Veracruz permanecía intacta, después de la malograda tentativa anunciada con tanto énfasis é inaugurada con tan vana pompa. Miramón no había intentado nada serio sobre la plaza, el 12 de Marzo tomó su ejército el punto de la Soledad, permaneciendo allí cuatro días; el 16 la primera brigada y el cuartel General ocuparon la Tejería quedando la segunda brigada en la Soledad. El 17 el ejército de Miramón estaba escalonado en Atoyac, el Chiquihuite, la Soledad y la Tejería.

Instalado Miramón con su cuartel general en este último punto decidió reconocer personalmente la plaza de Veracruz, y el 18 por la mañana subió al médano del Encanto de donde examinó la plaza, el 20 trasladó á Medellín el cuartel general y la fuerza que ocupaba la Tejería, el 22 ordenó que la división Casanova se dirigiera á Alvarado para atacar este punto mientras el resto del ejército atacaba á Veracruz. Estas y otras disposiciones para embestir la plaza fueron exactamente cumplidas, y todo estaba dispuesto para el ataque cuando llegó un extraordinario de Puebla, comunicando que hasta el 21 de Marzo no había salido de México un convoy que debía conducir pólvora y dinero. Aquella noticia desconcertó á Miramón y resolvió inmediatamente la retirada. Pocos días después, el 3 de Abril, el General Pesqueira tomó á viva fuerza la plaza de Mazatlán, dando con este triunfo un refuerzo considerable á la causa liberal; el día 15 de Abril, el Gobernador de Puebla, Alariste, tomó la plaza de Atlixco.

El desastre de Tacubaya quedó, pues, más que compensado en el terreno de las armas con la retirada de Miramón, la toma de Mazatlán y la de Atlixco; el 6 de Abril la causa liberal alcan-

zaba un gran triunfo diplomático, el Ministro americano Mac Lane, en nombre de los Estados Unidos, reconoció al Gobierno liberal. Indecible fué la ira que ese acontecimiento provocó en los conservadores. Don Manuel Diez de Bonilla, Ministro de Relaciones de Miramón, protestó contra cualesquiera tratados convenios y arreglos, que se celebrasen entre el Gobierno liberal y el de Washington. El Sr. Ocampo, Ministro de Relaciones de Juárez, opuso á la protesta del Ministro conservador una circular vigorosa, dirigida á los Gobernadores, de la que sacamos el siguiente párrafo en que afea, no sólo al partido conservador, sino al Ministro que había protestado:

“No hay que atender á los que con un hipócrita celo del honor nacional aparentan escandalizarse, horripilarse de la idea de disminuir el territorio, cuando á sus torpezas se debe la separación de Guatemala y de Texas, los actos que prepararon el tratado de paz de Guadalupe y el negocio todo de la Mesilla, en que se perdieron las únicas ventajas del de Guadalupe y que fué obra del imprudente Sr. Bonilla. Hablan de los intereses y soberanía de México los cobardes é impotentes traidores que han ofrecido su imperio á naciones extranjeras, naciones que, si bien quieren que México les ayude en el concierto interesado de sus miras monárquicas y de explotación de la humanidad, no quieren ni hacer los gastos, ni tentar los esfuerzos que la quimérica posesión de tal imperio había de causarles sin fruto. A pesar de toda protesta la nación, que ya no necesita de officiosos tutores, hará lo que más le convenga, y las vanas palabras de un funcionario usurpador no tendrán más resultado que el que les permita la ilustrada soberanía de la República.”

CAPITULO III.

Conceptos y Sucesos,

PUBLICACION DE LAS LEYES DE REFORMA. — TRIUNFO DE LA CAUSA REFORMISTA.

I.

El 7 de Julio de 1859 ocurrió uno de esos sucesos que inauguran una época en la historia de las naciones, y corresponden á una faz nueva en la majestuosa evolución de las ideas. El Sr. Juárez y su Gabinete publicaron en Veracruz un Manifiesto á la Nación en que exponían el sistema de gobierno que abrigaban el propósito de implantar. Tal acontecimiento carecía de precedente

en nuestra Historia, y ofrece pocos ejemplos en la de otros países. No porque en México no se hubiese usado, y aún abusado del recurso de los Manifiestos y Proclamas que, entre frases pomposas y lisonjeras promesas, aseguraban que la nación iba á prosperar; cada jefe militar que se pronunciaba lanzaba su Manifiesto, cada Presidente de la República que, entre el estrépito de una asonada militar triunfante, se adueñaba del poder expedía el suyo; todos parecían cortados por el mismo molde y la desilusionada nación los veía con indiferencia, sabiendo que en el terreno de la realidad no significaban más que lo que significan en la conversación las usuales frases de cortesía.

Nó, el manifiesto del Sr. Juárez no era de ese género; se expedía entre azarosas circunstancias, y contenía un sistema de Gobierno bien definido en todos sus alineamientos, que iba á rehacer á la nación mexicana arrancando de raíz los restos del régimen colonial; que iba á remover el terreno para sembrar en él nueva simiente, y que con la irresistible voz del progreso, y entre el estrépito asordador de los cañonazos, convocaba á la nación al concierto de la vida moderna.

Aquel manifiesto era la Reforma erigida en programa político, presentada sin embajes ni timideces á la faz de la nación, con eficaz promesa de desarrollarla en todas sus consecuencias, sin miramientos ni vanas contemplaciones. El documento, considerado en sí mismo, es de gran valer por el rico caudal de ideas que le informan, y la forma sóbria, concisa y terminante que revisita su lenguaje; se cree que fué forjado en la bien organizada cabeza del Sr. Don Miguel Lerdo de Tejada, se cree también que el eminente Ocampo contribuyó mucho á su redacción, fué leído en Consejo de Ministros y suscrito por todo el Gabinete. Haber lo expedido de un modo tan résuelto, como un reto atrevido á la reacción soberbia y envalentonada, dueña de la Capital, y de la mitad del territorio, es un acto de audacia y vigor políticos de que hay pocos ejemplos, y que honra y enaltece hasta un grado indecible la inmortal figura de Benito Juárez.

Aquel hombre egregio no era un intelectual; entre los que le rodeaban en Veracruz, la inteligencia de más brillo asociada al mayor entusiasmo revolucionario era la del Sr. Ocampo; la inteligencia más positiva, la más serena, la más equilibrada y fría era la del Sr. Don Miguel Lerdo de Tejada; en Ocampo la Reforma constituía el objeto de una pasión ardiente, era el amado ideal de su vida; por eso fué constantemente su apóstol, poseía el ardor fogoso del sectario, y sus circulares son verdaderos folletos revolucionarios escritos con fuego y palpitantes de emoción; en Lerdo de Tejada se observaba otra cosa, para él la Reforma era un conjunto de teoremas políticos que se arraigaban en el fondo de su inteligencia produciendo la fría convicción del geómetra